

# Resumen de Prensa Comentario de Actualidad

Ramon Boixareu

La larga marcha hacia la ratificación del tratado “simplificado” que debe dotar a la Unión Europea de nuevas instituciones acaba sólo de empezar. No será una marcha fácil y cómoda. El texto sobre el que los jefes de Estado y de gobierno de los veintisiete países miembros se pusieron de acuerdo en la cumbre de Bruselas debe ser ahora redactado en los detalles, bajo la presidencia portuguesa, en el curso de una conferencia intergubernamental. Los polacos han hecho ya saber que aprovecharían la ocasión para rechazar lo que habían aceptado “verbalmente” hace menos de quince días.

A continuación, los veintisiete países miembros deberán ratificar el tratado. En Francia, el candidato Sarkozy había anunciado ya que él, una vez presidente de su país, elegiría la vía parlamentaria antes que el referéndum. En otros países será el electorado el que será consultado. El riesgo de un nuevo fracaso, pues, no es desdeñable.

El tratado ha sido calificado por el Presidente de la República de “síntesis improbable” entre los partidarios del “sí” y del “no” con referencia al referéndum sobre el proyecto de Constitución europea que los ciudadanos franceses rechazaron hace un par de años. El nuevo texto igual puede satisfacer a los dos campos que disgustar a ambos. El nuevo texto, todavía nonato, ya ha sido bautizado con varios nombres. Según los británicos es, o será, el tratado del *consensus by nonsense*, esto es el tratado aceptado por todo el mundo porque nadie lo entiende. Es —o será— el tratado de los pies de página —también se ha dicho— porque estos deberán ser muy numerosos para explicar de qué se trata, dado que serán necesarios para aclarar las oscuridades del texto principal, constituido este por enmiendas a tratados precedentes. Es —o será— el tratado de las “tres R”, dicen otros: *Recycler*, es decir, retomar disposiciones contenidas en el proyecto de Constitución (la

presidencia estable del Consejo, por ejemplo); *Renommer*, esto es, crear las mismas instituciones que la rechazada versión anterior, pero llamándolas de otro modo (por ejemplo, “el ministro europeo de asuntos exteriores”, que en el nuevo texto puede que se llame “el alto representante de la Unión”); y *Renoncer*, o renunciar (que es lo que se haría si se suprimiera el preámbulo y los símbolos —como la bandera y el himno— del viejo proyecto).

Todos los países tendrán algo que decir, defendiendo u objetando esto o aquello. Los países “más europeos”, los líderes, pondrán el acento sobre todos los elementos que se habrán conservado del texto elaborado bajo la presidencia de Valérie Giscard d’Estaing, para conseguir la ratificación. Otros, por el contrario, deberán subrayar todo lo que se ha sacrificado de aquel, con el fin de convencer a los parlamentarios reticentes o de justificar el abandono del referéndum. El interés de Sarkozy, aquí, coincidirá con el de Gordon Brown.

La campaña que se llevará a cabo en cada país tendrá consecuencias en los otros países miembros. Los líderes europeos, pues, deberían ser capaces de hallar un lenguaje común, contribuyendo así al nacimiento de una opinión pública europea. Pero esto equivaldría a pecar de optimistas. Las divergencias de intereses, que refleja bien el texto preparado en la cumbre de Bruselas, hacen temer un incremento de la cacofonía.

(*Le Monde* de 4/7. Editorial)

La Unión Europea estaba “en peligro”, “minada por la desconfianza de los pueblos”, “por la duda”, “la Unión está a salvo” y su salvador es Nicolás Sarkozy. Esto es por lo menos lo que él cree. El Presidente de la República no ha

pretendido dar pruebas de falsa modestia, con ocasión de la reunión pública que ha celebrado el 2 de junio en el Palacio de Congresos de Estrasburgo, para informar de sus primeros pasos sobre la escena europea.

Diez días después de la cumbre de Bruselas, en la que los jefes de estado y de gobierno de la Unión se unieron a su idea de "tratado simplificado" que sustituyera el proyecto de Constitución Europea, el Jefe de Estado francés ha situado su "éxito" bajo el signo de "la vuelta de la política". El acuerdo conseguido debe ser objeto, el miércoles, en la Asamblea Nacional, de un debate que será como la antesala de las discusiones a que dará lugar la ratificación del tratado, cuya negociación debería ocupar el tiempo que queda hasta el fin de año. Cayendo a veces en la autofelicitación, Sarkozy explicó que, bajo su impulso y, "por primera vez, se ha dado a los fines más importancia que a los medios; se ha reconocido que la Constitución no era un fin en si misma, aceptando ponerse de acuerdo sobre un tratado simplificado".

Cuando los más integracionistas denuncian un tratado que rompe con el espíritu de los "padres fundadores", el Jefe de Estado replicó, acudiendo a la paradoja: "Quiero decirles que el tratado no supone un retroceso del espíritu europeo, sino que, por el contrario, es un testimonio de una reactivación de él, un renacimiento de una voluntad europea, una voluntad más fuerte que los egoísmos nacionales [...]. Si se hubiera defendido obstinadamente una Constitución se habría puesto Europa en un impasse y se habría traicionado el espíritu europeo". En pocas palabras, demasiada Europa habría matado a Europa.

El presidente francés no evocó las anulaciones concedidas a Gran Bretaña, ni el aplazamiento de diez años a los polacos para establecer el sistema de voto de la Unión. En el capítulo de victorias alcanzadas figuran, en cambio, el abandono de la referencia a la competencia, la protección de los ciudadanos como objetivo de la Unión, el reconocimiento de la especificidad de los servicios públicos y la carta de los derechos fundamentales. Sarkozy se felicitó por haber conseguido "la difícil síntesis del sí y del no" del referéndum constitucional de mayo de 2005. Según Sarkozy, Europa, en adelante va a poder luchar "contra los *dumpings*, instaurar una preferencia comunitaria, practicar unas políticas industriales" y "no diluirse en una ampliación sin fin". Objetivos todos ellos en los que el presidente francés ve "un renacimiento de Europa".

¿Cómo lograrlo? "Se necesita un poco de audacia, un poco de inteligencia, un poco de corazón y valor", dice Sarkozy, para lo cual deberá convencer a sus colegas de su fiabilidad. El jefe de Estado francés, que se presentará el 9 de julio en la reunión de los ministros de Hacienda de la zona

euro para darles cuenta de sus intenciones en materia presupuestaria, ha sido llamado al orden varias veces estos días por los responsables europeos contra la tentación de situarse por encima de las reglas. "Es porque creo en Europa y en la política por lo que iré personalmente a explicar dentro de pocos días la estrategia presupuestaria de Francia". Eso es lo que ha declarado Sarkozy, sin responder, hasta el momento, sobre el fondo de la cuestión.

(Philippe Ridet, en *Le Monde* de 4/7)

El acuerdo concluido en la cumbre de Bruselas sobre el futuro del tratado europeo, no será renegociado por la Conferencia intergubernamental (CIG) encargada de redactarlo. Esto es lo que han afirmado el lunes, dos de julio, en Oporto, el presidente de la Comisión, José Manuel Barroso, y el primer ministro de Portugal, José Sócrates, tras una reunión conjunta del ejecutivo europeo y, desde el uno de julio, el de la nueva presidencia portuguesa.

Los dos dirigentes han atribuido a un "malentendido" la actitud de Polonia, que pide que "el plazo razonable" previsto por el proyecto de tratado para llegar a un compromiso cuando las partes oponentes se hallan próximas a una minoría *dé blocage*, se fije en dos años.

Barroso se ha dicho convencido de que Polonia "no quiere reabrir el mandato" adoptado en Bruselas. "Evidentemente —ha añadido— hay cuestiones que deben precisarse, pero no se va a discutir otra vez lo que fue objeto de consenso".

Sócrates ha defendido la misma posición diciendo: "No veo a ningún país con voluntad de revisar el acuerdo".

(*Le Monde* de 4/7)

Todos los países suelen declararse vencedores al término a las cumbres de la Unión Europea. Pero si bien este ha sido también el caso tras la reciente reunión del Consejo de Europa, lo cierto es que las "victorias" conseguidas por todos los países miembros, lo único que ponen de relieve son las diferencias que se manifiestan entre los distintos estados, o entre los grupos de estados, de la Unión.

El primero y mayor grupo, compuesto por veintidós países, llegó a la reunión esperando resucitar el proyecto de Constitución, que resultó frenado con los votos negativos de Francia y Holanda, hace dos años. En términos generales, este grupo consiguió lo que quería. Como dijo el primer ministro irlandés, el 90 por 100 del primitivo proyecto ha sido recogido en el nuevo borrador de acuerdo.

El segundo grupo no es un grupo, sino un solo país: Polonia, que pretendió ser considerada, en el sistema de adopción de decisiones, como un gran país, dados los muchos polacos que murieron en la Segunda Guerra Mundial. No consiguieron aliados, pero sí una gran concesión: Alemania aceptó conservar durante otra década las actuales reglas de adopción de decisiones, que favorecen a Polonia en detrimento de Alemania.

El tercer grupo, compuesto por adversarios del primitivo proyecto de Constitución, aunque, en su mayoría, no llegaron a votarlo (Gran Bretaña y República Checa), era partidario de introducir substanciales correcciones en el ante-

rior proyecto. Habrá que ver en qué queda el proyecto definitivo, pero, de momento, se puede registrar que un periódico británico llegó a señalar que Blair había consentido una "rendición ignominiosa" (*abject surrender*).

[...]

Para cualquiera que siga soñando en una Europa unida, el mero hecho de que todos los grupos, tras la reunión en la cumbre de la semana pasada, pretendieran haber alcanzado la victoria es en sí mismo una señal de derrota.

(*The Economist-Charlemagne*, de 30/6)